

*Trabajo-familia: ¿de la autonomía a la culpa?**

Florence Thomas**

Resumen: Partiendo del hecho de la incorporación masiva de la mujer al mercado laboral en las últimas décadas en Colombia, la autora se pregunta por el costo en la vida de las mujeres de la doble jornada y de su papel simultáneamente público y privado. Desde la doble necesidad de reconocer la función social de un trabajo digno y de disfrutar de la mínima socialización de la vida cotidiana, se reconoce el problema para las mujeres de cómo conciliar exigencias profesionales y necesidades de participación social, política y cultural, de autonomía, con la tradicional imagen de buena esposa-madre nutricia. Esto ocurre en una sociedad que ha cambiado pero no lo suficiente, pues no se les exige a los hombres un cambio correspondiente al de las mujeres. En vez de culpa, muchas mujeres viven en el malestar o el desencanto, aún cuando a veces no son conscientes de ello. Esto conduce a muchas a aplazar todo proyecto afectivo, o la maternidad, y es fuente de muchas rupturas de matrimonios y uniones. Se concluye con un llamado a las mujeres de las nuevas generaciones a asumir la lucha de las mujeres, volviéndose vigilantes y veedoras de sus derechos y exigentes hacia nuevos por conquistar.

Palabras clave: mujeres, mercado laboral, cambio sociocultural, derechos de las mujeres

Abstract: Recognizing the fact of women's massive incorporation to the labor market in Colombia in recent decades, the author wonders about the cost for women's lives of the double shift and of their public and private roles. She acknowledges the dual need of recognizing the social function of work and of enjoying the socialization of aspects of their everyday lives, but the problem remains of how to reconcile professional, social, cultural and political participation with traditional images of good wives and nourishing mothers, in the framework of a society that has changed but not enough, since women are changing but men are not. Rather than guilt, many women live in discontent and disappointment, often unconsciously. This leads many to postpone affective projects or maternity, and causes broken marriages and unions. The essay concludes calling on younger generations to take on women's struggle, defending their rights vigilantly and demanding new conquests.

Key words: women, labor market, social and cultural change, women's rights

*Ensayo presentado en el Foro «La mujer y el mercado laboral: de la autonomía a la culpa», realizado en Cali el 26 de marzo de 2009, y organizado por el Centro Cultural Comfandi. El ensayo contiene varios fragmentos del libro de la autora *Conversaciones con Violeta*. Artículo recibido lunes 18 de enero de 2009, Aceptado: lunes 1 de Marzo de 2009.

** Psicóloga y Magíster en Psicología Social de la Universidad de París. Desde 1967 se vinculó al Departamento de Psicología de la Universidad Nacional de Colombia, del cual es profesora titular y emérita; y desde 1985 es coordinadora del Grupo Mujer y Sociedad del mismo centro docente. Feminista activista, Florence es además asesora de organismos oficiales no gubernamentales en el campo de la problemática femenina y los estudios de género. Autora de varios libros, entre los que se destacan *El macho y la hembra reconstruidos*, *Los estragos del amor*, *Conversación con un hombre ausente*, *Palabras en el tiempo*, *Género: Femenino*, *La mujer tiene la palabra*, y *Conversaciones con Violeta*. Es columnista de *El Tiempo* desde 1999. E-mail: flomujer@hotmail.com

En primer lugar quisiera decir que no estoy del todo de acuerdo con el título de este Foro. Me parece que para muchas mujeres que tratan hoy en día de conciliar trabajo y familia, no es tanto culpa lo que sienten sino un amargo desencanto. Y me propongo tratar de explicar por qué pasamos de una especie de euforia con esta inaugural autonomía que nos proporcionó el trabajo —preciso: el trabajo asalariado, remunerado— a un extraño desencanto cuando sentíamos que el costo de esta conciliación era muy grande.

Y sí, muchas mujeres tuvimos un sueño que resumo así: estudiar, ser económicamente activas, recibir un salario y al mismo tiempo seguir amando a los hombres, seguir teniendo hijos e hijas, y no renunciar a esta ética del cuidado y a esta cercanía de la vida cotidiana que nos gusta tanto. Y pensamos que lo podíamos lograr y de alguna manera lo logramos. Sin embargo, no habíamos calculado el costo de este logro.

Tratemos de explicar entonces lo que pasó.

En algunas décadas, la sociedad colombiana cambió profundamente. En algunas décadas, una revolución pacífica y silenciosa se generó. Ya de esto hemos hablado a menudo, recordando fechas y eventos importantes que sustentaron esta revolución. Y entre muchos eventos que caracterizan esta revolución, hoy las mujeres trabajan. Y cuando digo «las mujeres trabajan» quiero decir que las mujeres irrumpieron en el mercado laboral. No hablo de ese otro trabajo invisible y no remunerado que responde a la dinámica de la vida cotidiana que las mujeres han asumido desde que el mundo es mundo y sobre el cual tendré oportunidad de hablar más adelante. Desde hace unas tres décadas, las mujeres estudian, como los hombres, algunas logran ir a la universidad, como los hombres, se gradúan, como los hombres, a veces mejor que los hombres, a veces más que los hombres y muchas, graduadas o no, irrumpieron en el mercado laboral.

Sí, hoy muchas mujeres trabajan aun cuando muchas de ellas lo hacen en un contexto de muchos factores adversos. Y esto porque, a pesar de que en el país en algunas décadas se han obtenido avances en la inserción de las mujeres en el mercado laboral casi al mismo ritmo que el acceso a la educación, la

tasa de desempleo ronda actualmente los 16%, la informalidad sigue muy importante (de 10 mujeres que laboran, 6 son asalariadas, las 4 otras están en la informalidad), y la brecha salarial entre hombres y mujeres sigue alrededor del 20% (Cuéllar, 2009).

Y para la gran mayoría de las mujeres que trabajan, fue una decisión que respondió a una necesidad frente al hecho de que un solo salario, para las casadas con hijos e hijas, no era suficiente para responder a las necesidades familiares y a estas otras creadas por una lógica mercantil perversa que trata de convencernos que existir significa consumir. Por cierto habría también que recordar que muchas mujeres (aproximadamente un 30%) hoy día son jefas de hogar, es decir, principales o únicas responsables de la economía familiar.

Entonces muchas mujeres trabajan fuera de casa. Y cuando me dicen —y en estos tiempos de crisis mundial, podemos estar seguras que nos lo van a volver a decir más de una vez— que muchas harían mejor quedándose en casa para educar a sus hijos, cuidar a su marido o compañero y no quitar puestos a los hombres, me enfurezco. Y les voy a decir por qué me enfurezco. Me enfurezco porque el trabajo tiene una función social incuestionable y todo ser humano, independientemente de su sexo y de su condición social, tiene el legítimo derecho a trabajar. Incluso, hace parte de la Declaración Universal de los Derechos Humanos que menciona en su artículo 23: «Toda persona tienen derecho al trabajo, a la libre elección de su trabajo, a condiciones equitativas y satisfactorias de trabajo y a la protección contra el desempleo». Y esto no es sino el primer párrafo. El segundo me parece igualmente importante, cuando se sabe que en Colombia las mujeres ganan en el sector privado un promedio de 20% menos que los hombres para igual trabajo. Dice «Toda persona tiene derecho, sin discriminación alguna, a igual salario por trabajo igual».

Sí, hace décadas que se reconoce la función social de un trabajo digno con una remuneración equitativa que permite a todo ser humano acceder a la autonomía económica, primer peldaño de la autonomía subjetiva y del acceso a la libertad. Y si una está hablando de seres humanos sexuados y específicamente de mujeres, entonces puedes vislumbrar la

importancia del trabajo remunerado. Durante siglos la gran mayoría de mujeres fue recluida en el patio de atrás, cerca de la cocina, del lavaplatos, de la estufa, y de la alberca, lugares no exactamente propicios a la socialización de sus existencias. Fregar platos, lavar ropa, amasar arepas, trapear el piso de la casa y levantar hijos e hijas, a menudo solas, no facilita la toma de conciencia de lo que puede significar esa condición de distribuidoras de servicios gratuitos y no permite historizar y mucho menos politizar la vida, hechos que sólo se producen desde una mínima socialización colectiva de la vida cotidiana.

Y para que esto suceda, fue necesario abrir la puerta de la casa, caminar hacia la plaza pública e interactuar con el mundo del afuera por medio de un trabajo remunerado que nos permitía también reconocer e intercambiar con nuestros pares. Y aun cuando una mujer devenga menos de un salario mínimo, y aun cuando el 80% de las mujeres colombianas que laboran ganan menos de dos salarios mínimos, son mujeres diferentes de la María de Jorge Isaacs o de nuestras abuelas que tenían que pedir permiso al abuelo hasta para comprarse un par de medias. Son mujeres que iniciaron el camino de algún empoderamiento, de un mínimo acceso a la autonomía que es lo que dignifica la vida. Y añadiría que, aun para una mujer que no necesitaría trabajar por situación familiar particular, el hecho que desee trabajar es absolutamente legítimo. Y lo repito entonces: toda mujer tiene el legítimo derecho a trabajar y a obtener una remuneración justa por su trabajo. Hasta hace muy poco, algunas décadas, el dinero era sexuado. Por supuesto que sí, no lo olvidemos. Y diría incluso que el dinero y el manejo de la economía son, hoy día, aún sexuados. La economía y la política son los dos espacios que siguen resistiendo con más tenacidad al avance de las mujeres.

Entonces hoy en día, las mujeres trabajan fuera de casa. Y entonces, ¿qué pasó? ¿Por qué hablamos de desencanto o de culpa?

Pues si bien las mujeres se integraron poco a poco al desarrollo del país, recorrieron solas ese camino. Porque no es tanto que las mujeres cambiaron de roles gracias a su revolución, es que multiplicaron roles. Y multiplicaron roles sin que nadie se percatara

de lo que significaba. La gestión de la vida cotidiana seguía siendo responsabilidad casi total de ellas y esto en todos los sectores sociales, aun cuando existen diferencias evidentes, por lo menos en Colombia, entre la vida de una mujer de estratos sociales privilegiados, casada, con hijos, que labora fuera de su casa pero que tiene alguna ayuda doméstica, y la vida de una mujer en las mismas condiciones (casada, con hijos y laborando fuera de su casa) pero de estrato popular o medio. Enfatizo: existen diferencias entre estos dos grupos de mujeres, sin embargo la responsabilidad de la gestión de la vida cotidiana les incumbe a las dos. Ni la cultura, ni el Estado, ni siquiera nuestros compañeros se percataron o, más exactamente, no quisieron hacer conciencia de lo que significaba nuestra integración al desarrollo económico del país porque esto desordenaba demasiado su comfortable estatus en el hogar.

En otras palabras, somos iguales a los hombres, —o más exactamente, nos hacen creer esto, porque tampoco es cierto— cuando se trata de producir y responder cada vez mejor a un contexto de empobrecimiento creciente y de ideología neo-liberal con ilusión de democracia, pero esta igualdad se esfuma tan pronto empujamos la puerta de la casa. Nuestra igualdad depende de las horas del día y de las necesidades de una sociedad y un país que nos pide, al mismo tiempo, modernizarnos en la plaza pública pero seguir igual que siempre en el patio de atrás. Una mujer moderna afuera y una buena madre tradicional adentro. Una cultura patriarcal que pretende modernizarse sin tocar al corazón de sus viejos fantasmas, representaciones e imaginarios en relación al lugar de lo femenino.

Como lo muestra Gilles Lipovetsky en su libro *La tercera mujer*: «la participación de los hombres sigue siendo puntual, muy rara vez estructural». Es decir: pocos cambios y mucha permanencia de la tradicional división sexual del trabajo. (Thomas, 2006, pág. 154)

Y me pregunto yo: ¿hasta cuándo vamos a seguir pidiendo a las mujeres que cumplan las expectativas de todos y todas, las nuestras y las de nuestros compañeros, maridos, amantes o hijos, quienes siguen tercamente anclados a una representación de un femenino-materno como refugio para una adecuada imagen de sí-mismos? ¿Cómo conciliar exigencias

profesionales, representaciones de un nuevo femenino en devenir, participativo, autónomo, generador de cultura, y esta eterna imagen de buena esposa-madre nutricia? ¿Cómo conciliar la vida profesional con una vieja y todavía intacta concepción de la felicidad? ¿Cómo conciliar lo irreconciliable, lo antagónico?

Ojo: malestar, desencanto en lugar de culpa

Y el resultado de esto se mide hoy en día para muchas mujeres en malestar, desencanto o culpa. No para todas por cierto... Cf. (Thomas, 2006, pág. 159).

El malestar o el desencanto. Un malestar o desencanto que no siempre las mujeres logran poner en palabra, que no siempre logran explicarse. ¿Y cuál es la manera de responder a ese malestar? Pues bien, haciendo algo que muchas mujeres jóvenes viven hoy día: aplazar la vida de pareja o todo proyecto afectivo demasiado comprometedor. Se pospone una posible vida de pareja, se pospone la maternidad porque muchas de estas mujeres entendieron lo que significa en las actuales condiciones socio-culturales una maternidad en relación con su vida profesional y en general con su incursionar en la vida pública. Y quiero enfatizar que no es tanto la maternidad en sí que cuestionan estas mujeres (de hecho en Colombia, casi nadie cuestiona la maternidad...) sino las condiciones que rodean la maternidad, cosa bien distinta. Y esto me hace acordar de lo que ya expresaba Simone de Beauvoir, hace 50 años, cuando ella decidió no ser madre. Ella decía que lo que no aceptaba eran las condiciones culturales que rodeaban la maternidad. No la maternidad en sí. Y pienso que hoy día, estamos en lo mismo. Para las jóvenes profesionales y, al mismo tiempo, esposas y madres, observamos un aumento acelerado de separaciones y divorcios o nos encontramos con mujeres que optan por el simulacro de poder que les da una vida articulada casi exclusivamente a su profesión.

Y para todas, casi sin excepción, llega la cadena de culpas, insatisfacciones y frustraciones, bien sea por trabajar y tener la sensación de no cumplir a cabalidad con las viejas prescripciones culturales asignadas a la feminidad, ese «ser-buena-esposa-madre-hija», bien sea por no trabajar y tener que

postergar demasiado esos nuevos y legítimos deseos de «saber-poder-existir» que justamente les ofrece hoy una resignificación de esta feminidad.

Y creo de verdad que muchas mujeres, tal vez una gran mayoría de ellas —mujeres populares o de sector medio, amas de casa o trabajadoras, obreras, campesinas o intelectuales, blancas o negras— luchan por lograr un diálogo silencioso entre las viejas representaciones de un ideal femenino todavía fuertemente anclado en los imaginarios culturales y nuevas imágenes generadas por sus prácticas cotidianas que chocan con las anteriores y con su acontecer diario. Siento en muchas mujeres hoy, al lado de una gran dosis de valentía y tenacidad, muchas insatisfacciones, estrés y frustraciones que a menudo se expresan por un mal genio latente que ni siquiera ellas logran explicarse bien. De alguna manera es como si las mujeres no hubieran procesado todavía del todo el duelo de los modelos tradicionales, al mismo tiempo que reivindican una realización personal que sigue siendo difícil en medio de las complicaciones de la vida privada.

Y me pregunto: ¿quien las ayudó a procesar ese dilema?, ¿quien se solidarizó con ellas y su nueva manera de hacer presencia en el mundo? ¿Quién?...

(Sería necesario preguntarse entonces por los hombres y más específicamente, por qué resisten tanto al cambio de las mujeres, y a su propia participación en la dinámica de la vida cotidiana).

Sin embargo lo original, creo yo, es el hecho de que hoy estemos reflexionando desde nuevos parámetros la manera cómo repensar el binomio trabajo-familia alejándose de los viejos esencialismos o miradas naturalistas que argumentaban por una estricta división sexual del trabajo.

Es en este sentido que, tal vez para encontrar salidas novedosas a este desencanto, tenemos que preguntarnos, ojala colectivamente, sobre el tipo de sociedad que queremos. Porque es exactamente de esto que se trata. Como lo menciona Dominique Meda:

¿Será que queremos una sociedad que sólo reconoce y valora el trabajo remunerado? ¿Será que queremos una sociedad que se preocupa sólo por el crecimiento del PIB y que se rehúsa a considerar el lugar reservado a la infancia, al tiempo consagrado a

ella, a ese tiempo consagrado a actividades que no aumentan directamente el PIB —actividades parentales, actividades personales, de cuidado y actividades sociales—? ¿O, por el contrario queremos una sociedad equilibrada que se preocupa por el porvenir permitiendo a todos sus miembros, hombres y mujeres, implicarse de manera igual en las diversas actividades necesarias al bienestar individual y social, buscando una verdadera articulación de los tiempos sociales, una sociedad que garantiza a todos y todas un empleo adecuado y una buena participación en la vida familiar y social? (Thomas, 2006)

Esta autora muestra, además, que esto, si bien suena a utopía para la gran mayoría de los países del mundo, ya se está implementando en algunos otros, como en los países nórdicos o los debates que se están dando en los Países Bajos. Y no me vayas a decir que Colombia tiene otras preocupaciones que resolver anteriormente porque yo no creo esto. Siempre desde que las mujeres están reflexionando sobre este tipo de problemática, nos han hecho entender, o trataron de hacernos entender, que esos debates no hacen parte de lo urgente. Yo sí creo que lo que menciono aquí debe hacer parte de los debates de sociedad de un país como Colombia, por supuesto que sí. Debe estar incluido en cualquier proceso de paz porque hemos aprendido que la violencia, directa o indirecta, visible o invisible, física o simbólica, tiene muchos matices y si nos rehusamos a entender que la paz se inicia en ese patio de atrás, en la cocina y en la cama de los amantes, porque la paz se genera ante todo en la mente de hombres y mujeres, nunca seremos capaces de construir una paz duradera y, consecuentemente, un país distinto, un mejor país.

Pienso que cuando seamos capaces de reflexionar sobre la repartición de los roles femeninos y masculinos, cuando seamos capaces de implicar y comprometer los hombres en la socialización de los niños y de las niñas, cuando seamos capaces de repensar la organización del trabajo en las empresas y en la función pública, cuando seamos capaces de reconocer que las actividades del cuidado de otros y de otras y del cuidado de la vida en general representa una riqueza para el futuro del país, cuando seamos capaces de atribuir una misma valoración a bañar y cantar a un recién nacido o realizar una transacción

comercial, a atender las tareas escolares de un niño o de una niña o hacer una exposición de motivos en el senado, entonces muchas de las viejas dinámicas de poder se derrumbarán y tal vez podremos volver, hombres y mujeres, a gozar de nuestras diferencias existenciales desde marcos de igualdad política. Entonces volveremos a creer en encuentros, no menos difíciles pero con toda seguridad más humanos y portadores de sorpresas para ese milenio que inauguramos.

Y creo que podemos pedir a las mujeres jóvenes que no dejen pasar el momento. Mi generación se desgarró con la puesta en marcha de una revolución que quisimos pacífica aun cuando sabíamos que iba a trastornar los fundamentos mismos de la sociedad. Y fue pacífica porque como me los has oído decir a menudo, fue la única revolución del mundo que se hizo sin un solo muerto. Fuimos vehementes, tercas, tenaces, intransigentes a veces — era necesario— nunca violentas, ni agresivas. Nos defendimos con argumentos, palabras y soledades; sí, mi generación se la jugó y algunas pagaron un alto precio a su rebeldía, pero sabía que valía la pena, ¿o no?

Mi generación tiene hoy por hoy mucha juventud acumulada, —manera elegante de decir que todas hoy día tenemos 50, 60 o 70 años— y todas estamos algo preocupadas por el relevo generacional que sentimos tímido, demasiado tímido porque sabemos, lo hemos aprendido de la historia, que todo lo que hemos ganado es susceptible de volver a perderse. El progreso nunca es lineal, no lo olvidemos. Necesitamos que nuestras hijas, nuestras nietas se metan en esa marcha simbólica que iniciamos hace cincuenta años. Lo harán de otra manera que nosotras. Probablemente. Sus estrategias serán distintas. Seguramente. Y esto no nos preocupa en absoluto. Los tiempos no son los mismos. Lo importante es que sean vigilantes y veedoras de sus derechos y exigentes hacia nuevos por conquistar. Que construyan poco a poco esta mirada de la sospecha que ayuda tanto en elucidar o descifrar mensajes ocultos. No dejemos esta revolución inacabada, no nos dejemos atrapar por los discursos políticamente correctos, seamos alertas a los sutiles mecanismos de reproducción del poder, no demos un paso atrás en la conquista de mejores procesos educativos que

le proporcionará más autonomía, más libertad de pensamiento, que les permitirá aprender a convertir sus derechos en hechos, a no retroceder en sus derechos al nombre del amor. Piensan que su vida no es la de todas. Y no olvidemos que hay miles y miles de mujeres que están sumergidas en difíciles contextos socioculturales y que no han tenido la posibilidad de resignificar sus vidas, de entender cómo actúa y se reproduce el poder, que ni siquiera han entendido bien lo que significa nacer como sujeto social de derecho y que siguen fuertemente ancladas en una cultura de la maternidad que resiste tanto en derrumbarse y dar lugar a una cultura de la autonomía, única en ser capaz de devolver a la maternidad su sentido de privilegio.

Ya las mujeres de mi generación les dejamos esta tarea a las más jóvenes a las cuales les confiamos y les encomendamos nuestra revolución que no busca sino participar en la construcción de un mejor país,

de una democracia que no se quede en el papel, de sujetos, hombres y mujeres, que creen en la equidad, en la justicia y que no quieren morir indignados o indignadas. Claro les van a decir que no es el momento, que el mundo está viviendo una de sus peores crisis económica y que, una vez más, Colombia tiene otras prioridades. Como si nunca fuera el momento propicio para que la política y la economía se hagan nuevas preguntas desde nuevos referentes. Y por el contrario creo yo que el hecho de atravesar una crisis económica de inmensas consecuencias es una oportunidad para repensar la sociedad, la economía y la política y preguntarse si de verdad es ese modelo que habíamos soñado y, como lo dice Victoria Sendón de León, tal vez nos incumba el destino, en este momento histórico, de salvar a la especie humana en este planeta de simios locos... (Sendón de León, 2004) Añade ella que una revolución sin evolución es flor de un día. Gracias.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Cuéllar, M. M. (Marzo de 2009). *Liderazgo femenino en los sectores productivo y financiero*. Obtenido de Asobancaria: http://docPub4787_2
Sendón de León, V. (30 de Junio de 2004). *Mujer y*

globalización: el planeta de los simios locos. Recuperado el 2 de Enero de 2005, de Aporrea.org: <http://www.aporrea.org/actualidad/a8745.html>
Thomas, F. (2006). *Conversaciones con Violeta*. Bogotá: Aguilar.

